



LA INJUSTICIA DE UN CABALLO

UNA y otra vez pasaba por delante de las casetas de madera que habían colocado provisionalmente los vendedores para poder despachar sus juguetes mejor. En día de tanta aglomeración de gente como en víspera de Reyes no era posible hacer otra cosa; así se evitaba un poco la congestión natural del enorme gentío que iba con paquetes en los brazos, con niños de la mano gritando y dando la impresión de que era aquel un mundo de locos.

Entre el gentío, indiferente a todos, ajeno a todo, había un niño, un muchachito delgado, de ojos vivos y carita despierta, sucio, con las manos en los bolsillos y una sola obsesión en su mente: un caballo que tenía delante. Entre todos los juguetes de la feria sólo le atraía uno, el caballo grande, un enorme caballo de cartón que abultaba más que él y que tenía en estos momentos enfrente, en el escaparate, mirándole fijamente como correspondiendo a sus sueños y como diciéndole:

—Vamos a dar un paseo juntos.

Le gustaban los caballos pero aquel, no sabía bien por qué, ni se hacía problema de ello, más que ninguno. Su ilusión se iba tras él. Era mayor que ningún caballo; se le podría poner un nombre y todo, y seguro que podría cabalgar sobre él como sobre un caballo verdadero. Y su imaginación iba colocando perfecciones al caballo, y en el caballo lo mejor de sus sueños.

Por centésima vez dió la vuelta a toda la feria para volver otra vez



a ensimismarse en el punto de partida, el caballo. Volvió a pararse enfrente de la caseta en donde se podía ver, quieto, estático, digno, esperando una voz amiga que le gritase: «Hale, caballo», y una mano capaz de acariciarle. El caballo estaba allí con esa postura inconfundible de los caballos en serie, pero al niño le parecía la actitud más gallarda y noble que caballo alguno pudiese tomar.

Pero, ¡oh sorpresa!, el caballo había desaparecido. Ni rastro de él. Sus ojos asombrados no podían dar crédito a tal desventura. ¡Pero si estaba allí hacía un momento! Y le entró una gran pesadumbre. Sus ojos se le llenaban de lágrimas. Ya no le interesaba la feria para nada. Sentía un vacío grande. Se fué lentamente para su casa, con las manos en los bolsillos, la cabeza gacha, pensando qué le habría podido ocurrir al caballo, dónde se habría marchado, y la pena se le iba extendiendo por todo el cuerpo.

Fué al día siguiente, el día de Reyes, cuando lo volvió a ver. Todos los niños se mostraban sus juguetes, sus regalos. El tema de conversación siempre era el mismo. Si los Reyes habían dejado más que el año pasado; si el rey de cada uno era mejor que el de los otros; si sus juguetes eran mejores. Y siempre terminaban igual, pegándose y dejando los juguetes en un lado fácilmente olvidados.

Allí en la acera, junto a un grupo de niños, estaba el caballo de sus ilusiones. Lo habría reconocido entre mil. Casi se atrevió a hablarle: —¡Hola caballo!

Y entonces le pasó la mano con suavidad por encima del cuello. Sentía un inmenso placer. Estaba emocionado. Aquel era un acto trascendental en su vida. Cogió el caballo del cordel y tiró lentamente de él. Empezó a andar con el caballo detrás tirado por su mano. El ruido del caballo en la calle le sonó raro. Se iba emocionando cada vez más y el mismo ruido le iba embriagando. Pero se dió cuenta de que el caballo hacía demasiado ruido, sus patas retumbaban demasiado y llenaban la calle. Primero era un trote fuerte y después era un galopar furioso el que se le venía detrás, el que sentía tras él. El cuerpo se le llenaba de angustia y de miedo al oír el retumbar de los cascos del caballo cada vez más cerca, más encima de él. Corría desesperadamente, como un loco, sin poder despegarse. No se atrevía a volver la cabeza hacia aquel ruido desencadenado tan de repente. El caballo le iba a matar. En su pánico no podía soltar el cordel que cada vez sujetaba con más fuerza en la mano, y el caballo le iba a aplastar de un momento a otro. Oyó un re-



lincho furioso de rabia y la espuma de la boca del caballo le quemaba el cogote. Los remos del caballo le golpearon en la cabeza y dió un fuerte grito instintivo cayendo al suelo jadeante, casi inconsciente. El caballo encima de él le mordía, le pateaba furioso. Con los ojos cerrados, temblando y lleno de terror esperaba la muerte.

—¡Es un ladrón, es un ladrón!—gritaban los niños mientras le golpeaban.

—Sí, señor guardia, nosotros corriamos detrás de él y le gritábamos que se parase, pero el corría cada vez más. Quería robar el caballo.

El guardia cogió al niño de la mano y se lo llevó al cuartelillo.

—No se debe robar, sabes, eso no está bien, lo hacen los niños malos—le iba diciendo el guardia por el camino.

El niño iba apretando cada vez con más fuerza la mano del guardia. Oía sus palabras como un mensaje de cariño, de amor, de paz. Le apretaba la mano y se apretaba hacia él impidiéndole casi andar y sentía como un brotar, como un nacer en su alma pequeñita de niño, un agradecimiento enorme, infinito, al guardia que le había librado del caballo. A su lado estaba seguro de que el caballo no se atrevería a hacerle nada.

